

del clima menos fieros que los del resto de España, y recibían con menos esquivez las ideas y principios civilizadores de sus huéspedes. Pero no olvidemos que estas comarcas no constituían la España entera, y que aun conquistados estos países por las armas romanas, toda la parte occidental y septentrional de la Península se mantenía independiente y libre, y sus habitantes conservaban toda la fiereza primitiva, todas las costumbres rústicas y groseras que hemos descrito en el capítulo primero de este libro.

## LIBRO SEGUNDO.

ESPAÑA BAJO LA REPUBLICA ROMANA.

### CAPITULO I.

LEVANTANSE LOS ESPAÑOLES CONTRA LA DOMINACION ROMANA.

Desde 204 antes de C. hasta 150.

Cambio de conducta de los romanos para con los españoles.—Levántanse de nuevo Indibil y Mandonio.—Su muerte.—Guerra nacional.—Catón el Censor en España.—Su crueldad en la guerra.—Destruye cuatrocientos pueblos.—Division de la España en Citerior y Ulterior.—Reprodúcense las insurrecciones.—Idea que se tenía en Roma de España.—Sórdida avaricia de los pretores.—Sus violencias y exacciones.—Sempronio Graco.—Su probidad y desinterés.—Estafas de Furio Philon.—Es acusado al senado por sus latrocinios.—Partido español que se forma en el senado.—Primeras concesiones políticas que obtienen los españoles.—Colonias romanas en España.—Carteya.—Córdoba.—Causas de la prolongacion de la guerra.—Apuros del pretor Fulvio.—El cónsul Marcelo.—Escipion Emiliano.—Crueldades y alevosías de Lúculo y Galba.—Mataanzas horribles.—Indignacion de los españoles.

Lanzados de España los cartagineses, y campando ya solas y sin rivales las águilas romanas, parecia que los españoles tenían derecho á esperar de los que se



decían sus amigos y aliados, aquel tratamiento generoso, benéfico y humanitario que los Escipiones habían inaugurado durante la guerra.

Pronto se disiparon tan halagüeñas esperanzas. Aquella á que los romanos daban el suave título de alianza, ó el mas dulce de amistad, fuese convirtiéndose luego en dominacion verdadera, y los españoles se fueron penetrando de que no habían prodigado su sangre sino para resolver la cuestion de cuál de las dos repúblicas había de ser la dominadora, de que no habían peleado sino para cambiar de señores, y de que para sacudir el nuevo yugo les sería preciso emprender nuevas lides.

Fueron los primeros á conocerlo y pregonarlo aquellos dos belicosos é inquietos príncipes Indibil y Mandonio, á quienes antes hemos visto hacer armas alternativamente contra cartagineses y romanos, unos y otros igualmente aborrecidos, porque en unos y otros veían los usurpadores de su independencia. Aprovechando estos caudillos la ausencia de Escipion, único que había sabido mantenerlos en respeto, excitaron con enérgicos discursos á los ilergetes, ausetanos y otras vecinas tribus, á tomar las armas contra los dominadores romanos, persuadiéndoles que si se uniesen para ello les sería fácil arrojar á su vez del territorio español á los soldados de Roma, y recobrar sus antiguas libertades. Mas de treinta mil hombres respondieron á la escitacion de Indibil.

Pero los procónsules Léntulo y Accidino, que despues de Escipion habían quedado con el gobierno de España, acudieron con todas sus fuerzas, y se hallaron pronto en presencia de los insurrectos en los campos sedetanos. Larga y mortífera fué la batalla: incierta estuvo mucho tiempo la victoria. Desgraciadamente una saeta vino á quitar la vida á Indibil: el suceso desalentó á los españoles; al desaliento sucedió el desórden; al desórden la fuga, y el triunfo quedó por los romanos. Aún mas desgraciada suerte cupo á Mandonio. Como condicion de paz hicieron publicar los procónsules que habían de entregarles vivo aquel caudillo: el terror inspiró á los españoles la flaqueza de entregarle, y Mandonio recibió una muerte cruel y afrentosa para escarmiento de los demas rebeldes<sup>(4)</sup>.

Mas el espíritu de independencia había comenzado á infiltrarse en los corazones españoles, y no era fácil ya sofocarle. Así al poco tiempo los hallamos otra vez insurreccionados, y teniendo que sufrir otra derrota de parte de Lucio Cornelio Cetego, que en reemplazo de Léntulo había venido.

De diferente manera parecía llevarse la dominacion romana en el Mediodía que en el Oriente y centro de la Península. Cádiz logró del senado ser declarada ciudad franca, como aliada que era y no conquistada por los romanos, cuyo acto dió á estos gran

(4) Tit. Liv. lib. XXIX., c. 2.



crédito en toda la Bética (197). Mas disgustados los celiberos, levantáronse mas de una vez á ejemplo de los ilergetes y sedetanos, quedando vencedores en una ocasion, y siendo vencidos en otra.

Antes eran dos naciones estrañas, grandes ambas, poderosas y guerreras, las que se disputaban el cetro del universo en los campos españoles. Ahora comienza la España sola, despues de haber malogrado la flor de su juventud en auxilio de la que quedó triunfante, á defenderse con sus propios recursos contra el inmenso poder de la orgullosa Roma. Eran al principio insurrecciones parciales, ya por la falta de unidad y de plan entre los indígenas, ya porque no en todos los pueblos pesaba igualmente la tiranía romana: pero reproducíanse unas tras otras, y revivian, apenas sosegadas, como centellas de un fuego mal apagado. De tal manera que temerosa y asustada Roma del giro que iba tomando la guerra de España, determinó enviar á ella al cónsul Marco Porcio Caton, el Censor, con dos legiones y cinco mil caballos, dándole además dos pretores, uno para la España Citerior, y otro para la Ulterior. Asi habian dividido los romanos la España, siendo el Ebro el límite divisorio de las dos provincias.

El hombre célebre por la austeridad de sus costumbres procuró moralizar la administracion militar que tenia irritados á los naturales de España, y se mostró tan enemigo en la guerra como lo fué en la

tribuna de la rapacidad que habian ejercido en la Península sus antecesores. Pero al lado de estas virtudes como administrador, desplegó como guerrero tal crueldad y violencia, que ningun romano usó de dureza tanta ni de tan desapiadado rigor para con los vencidos. Tomó á Rosas, y fué recibido como amigo en Ampurias (196). Derrotó cerca de Ilerda por medio de una hábil maniobra un cuerpo de celiberos. Tuvo que socorrer al pretor Manlio, que se veia hostigado por los turdetanos; que ya habia penetrado tambien el fuego de la insurreccion en la Bética. Vencieron los romanos alli; pero fué preciso al cónsul volver á sujetar á los lacetanos, ausetanos, bargusios y otros pueblos que de nuevo se habian sublevado, no pudiendo aunque lo intentó tomar de paso á Segoncia. Sujetó aquellas gentes, y vendió los moradores de algunas ciudades como esclavos, á otros los pasaba á cuchillo. Cuéntase que en trescientos dias hizo demoler hasta cuatrocientas poblaciones. Parecia animado mas bien del furor del esterminio que del espíritu de conquista. La dureza de su carácter formaba verdadero contraste con la dulzura y generosidad de Escipion. Aquietáronse, aunque por muy poco tiempo, los españoles con tan rudos castigos, y el severo Caton pasó á Roma á gozar los honores del triunfo (195).

Aquietáronse por poco tiempo, decimos, puesto que al año siguiente hallamos á Publio Escipion, pretor de la Bética, teniendo que lidiar con los lusitanos



que bruscamente habían invadido aquellas tierras; á Marco Fulvio, que lo era de la Tarraconense, teniendo que partir apresuradamente á sujetar á los carpetanos, que ligados ya con los celtiberos, vacceos y vettones, habían salido á campaña con ejército numeroso. Desgraciados eran por lo comun estos primeros esfuerzos de unas gentes todavía indisciplinadas, teniendo que habérselas con las legiones aguerridas de los romanos. Pero ni estos dejaban de sufrir sérios descalabros, ni sus triunfos eran tan decisivos que hicieran á los españoles desmayar en su empresa, ni tolerar la opresion en sosiego y reposo. No pasaba año sin que se reprodujeran las sublevaciones, á veces tan imponentes, que en 192 quedaron en un encuentro seis mil romanos muertos sobre el campo de batalla, salvándose el resto por la fuga. Mandábalos el pretor Emilio: los vencedores eran lusitanos. Mas tarde fueron batidos estos mismos, pero otro año siguiente concertados celtiberos y lusitanos rompieron simultáneamente los unos por la Tarraconense, los otros por la Bética, en fuerza ya tan respetable que hubieron los pretores de dejarles recorrer y talar los campos, limitándose á defender las ciudades y las plazas. Ibanse sucediendo ya alternativamente los triunfos y las derrotas. Alentaban á los españoles los sucesos prósperos, y los adversos no les hacian decaer de ánimo.

En esta larga série de luchas siempre renacientes, cuyos pormenores fuera tan fatigoso como inútil nar-

rar; dos grandes reveses sufrieron los infatigables celtiberos; el uno en 186 á las márgenes del Tajo cerca de Toledo, en que despues de haber tenido arrolladas las filas romanas con su sistema particular de ataque nombrado *cuneus* <sup>(1)</sup>, fueron al fin envueltos y vencidos, merced á los desesperados esfuerzos del pretor Cayo Calpurnio: el otro en 182, no lejos tampoco de Toledo, en los campos de Eburá (Talavera de la Reina), en que dieron los romanos una de las mas sangrientas batallas, y en que un ardid de Quinto Fulvio Flaco convirtió en favor de las armas romanas un combate que habia estado mucho tiempo indeciso. Al decir de los historiadores romanos perdieron los españoles sobre treinta mil hombres en cada una de estas batallas.

Otros que no fuesen ellos se hubieran descorazonado con tan duros reveses; y los romanos, al conseguir tan señalados triunfos, se hubieran dado ya por dueños y señores del pais, si este pais no fuese el de la resistencia y la perseverancia. Los romanos vencían pero no subyugaban. De tan antiguo viene á los españoles no desfallecer por los infortunios y las adversidades. No faltó quien en el senado mismo de Roma describiera al vivo el carácter de este pueblo singular.

Abogaba Minucio en favor del pretor Fulvio, que

(1) Véase el cap. I. del lib. I.



pedia su relevo de España, y que se le permitiese volver á Roma con su ejército (180). Recomendaba Minucio y ensalzaba las victorias del pretor español. Levantóse entonces Sempronio Graco, á quien se trataba de enviar en su reemplazo y dijo: «Al oír la relación que nos haceis de las proezas de Fulvio, no debería haber ya un solo pueblo en España que no obedeciese á los romanos. Sin embargo yo sé á qué se reducen estas conquistas, que no pasan de las comarcas vecinas á nuestros campamentos: porque hasta ahora no hemos hecho en España otra cosa que acampar. Sus mas apartadas regiones aborrecen la dominación y el nombre romano. Si accedeis á la demanda de Fulvio, yo deberé ir sin ejército á encargarme del gobierno de una provincia que fuerzas muy respetables apenas han alcanzado hasta ahora á frenar. ¿Podré yo, decidme, con un puñado de soldados que pueda alistar en España, reprimir la energía de aquellos bárbaros, que tantas veces han rechazado y puesto en vergonzosa fuga nuestras mejores y mas veteranas legiones? Romanos, ¿lo creéis vosotros así? Quiero conceder que Fulvio haya sujetado toda la Celtiberia: ¿quién me asegura que los celtiberos se darán por sometidos? ¿Pensais que se puede esperar paz y reposo de un pueblo acostumbrado á renacer incesantemente de sus ruinas, y á levantar de nuevo el estandarte de la insurrección tantas cuantas veces es vencido? Si nuestras legiones

«vuelven á Italia con Fulvio, como él lo pretende, sin duda para solemnizar su triunfo, juro ante vosotros todos que iré á España, pero iré á escoger un lugar en que pueda vivir tranquilo: no penseis que he de ser tan temerario ó tan insensato que vaya con escasas tropas, flojas y sin experiencia, á acometer á un enemigo aguerrido y feroz. He dicho.»

A pesar de todo otorgósele á Fulvio volver á Roma con los veteranos que llevaban diez y seis años de servicio, y diósele á Sempronio Graco un ejército de catorce mil hombres para que pasase á España. ¡Cuán pronto vinieron los sucesos en apoyo del discurso de este romano! Cuando Fulvio se encaminaba á hacer entrega del gobierno en manos de su sucesor, esperábanle los celtiberos, otra vez armados, en lo mas fragoso de un bosque por donde tenia que pasar (entre Daroca y Molina), y poco faltó para que quedaran él y los suyos en poder de aquellos que suponía subyugados. Salvóle su serenidad.

Fué este Fulvio uno de los que se señalaron mas en la guerra de España por su orgulloso genio y condición altiva, y de los que con sus violencias exasperaron mas los pueblos y avivaron, en vez de apagar, sus odios á la dominación romana. Llegó á Roma cargado de riquezas. Depositó en el tesoro publico ciento veinticuatro coronas de oro, treinta y una libras de oro en barras, y ciento setenta y tres mil monedas



de plata de Osca<sup>(1)</sup>. Poco era esto para lo que había amontonado en su caja particular. De ello destinó una pequeña parte á recompensar á los veteranos que le habían seguido; dió espectáculos públicos por espacio de diez dias, y erigió un magnífico templo á la *Fortuna Ecuestre*.

Esto era lo que hacian todos los pretores y procónsules de España, con excepciones rarísimas. Cneo Léntulo se había llevado mil quinientas quince libras de oro, veinte mil de plata, y treinta y cuatro mil quinientas monedas del mismo metal. Lucio Sterninio recogió quinientas mil libras de plata, y á su regreso á Roma le levantaron tres arcos triunfales. El severo Catón llevó al tesoro mil cuatrocientas libras de oro, veinticinco mil de plata en barras, y ciento veinte y tres mil en monedas de lo mismo. Hízose decretar los honores del triunfo.

Era la España un campo de explotación para los sórdidos pretores y procónsules avaros, Venían aquí pobres, y sobrabanles dos años para volver opulentos. No bastaban las ricas minas de este suelo para apagar su insaciable sed de oro; no les bastaban las exacciones y tributos; en su codicia desenfundada empleaban también la depredación y la rapiña como medios comunes. El senado romano en otro tiempo tan

(1) Ciudad de los bastetanos. acuñaba en ella moneda. Era célebre por sus minas, y se

virtuoso y austero, en vez de castigar á los que así se entregaban á la rapacidad y al escándalo, solía premiarlos con ovaciones, y graduaba la gloria ó el talento de cada pretor por las riquezas que llevaba. Los honores triunfales se compraban á peso de oro. Escipión Nasica, que correspondiendo á la gloria de su nombre, se había conducido con pureza y desinterés, pidió dinero á Roma para proseguir la guerra de España. «¿Pues qué, le respondió irónicamente el senado, se han agotado ya las minas de ese país?» De creer es que no habría solo tolerancia de parte del senado, sino complicidad también y participación en la presa. De tal modo se adulteran las instituciones más venerables cuando se corrompen los hombres. Así eran tan codiciadas las pretorías de España, pero así se dificultaba también su conquista, porque no era posible que sufrieran los españoles tanta impudencia y tanta inmoralidad.

Sempronio Graco se dedicó á reparar en lo posible los desmanes de sus predecesores. Condújose como guerrero con prudencia y humanidad: ganó como gobernador reputación de desinteresado y probo. Ningun pretor había penetrado tan al Norte como él: su comportamiento predispuso á muchos pueblos á aceptar su amistad; entre ellos Numancia, ciudad considerable y capital de los pelendones. No lejos de ella estaba Illurcis, á la cual hizo agrandar y fortificar, y en ella estableció sus reales y la hizo el centro de sus